



ABC

Un sociólogo, en la oposición

VIDAL BENEYTO: "LO DIFÍCIL, CONSOLIDAR LA DEMOCRACIA"

"Su introducción, tal y como se ha hecho, puede traer unas consecuencias negativas: que el Gobierno se encuentre con una democracia pírrica"

"Sospecho que esto sea la coartada para la continuación en el Poder de unas personas"

VERA usted: no hay pérdida. Platerías, 4, es una casa de buena facha que se te aparece de pronto, como un susto, al final del paseo de La Habana: en una calle que todavía tiene las huellas del tranvía; de los tiempos del «tranca» y billete picado de cincuenta céntimos; un edificio que a la entrada tiene dos

policías para más señas. Porque aquí viven —sépalolo usted— el vicepresidente del Gobierno, Alfonso Osorio, y José Vidal Beneyto, sociólogo y hombre de la oposición —en activo— desde el año cuarenta y nueve.

—... y así sigo. Casi treinta años en la lucha por Europa en España.

Escucha; doctor en Filosofía, licenciado en Derecho, rostro familiar en Cambridge, la Sorbona y Heidelberg. Padre de cuatro hijos, casado con una alsaciana, Vidal Beneyto, políglota (italiano, inglés, francés, alemán y español, claro), responde en profundidad; a veces, desde el estribo de la cátedra. Y no es extraño oírle preguntar, sobre todo al comienzo de la charla: bien, ¿cómo va a ser la entrevista? Porque hay diferentes grados de entrevistas: *asépticas, ilustrativas, sensacionalistas, personalistas...* («Depende, profesor, depende»). Pero a lo que íbamos:

—Para que una democracia se establezca y se consolide hace falta que exista, como llaman los tratadistas de la ciencia política, una posibilidad de consensus mínimamente perdurable. Este consensus se basa en que fuerzas adversarias, como el capital y el trabajo, acepten las reglas del juego. Que planteen su antagonismo dentro de ese marco. De tal manera que el enfrentamiento no ponga nunca en peligro, de forma traumática, la existencia del mismo cuer-

po social en el que se encuentran insertas. Esto, para la estabilidad de la democracia. Pero es que la forma de introducción de la democracia condiciona la persistencia de aquello que se crea; la perdurabilidad de lo que se introduce o se inaugura. Entonces, la forma en que nos estamos empeñando en traer la democracia está condicionando negativamente las posibilidades de perdurabilidad. ¿Por qué? Porque lo fundamental que necesitamos los españoles es comenzar a participar de verdad; es decir, libremente. Hay que dejar a un lado los lenguajes múltiples; es preciso que exista una coherencia entre las afirmaciones y los comportamientos, así como la plausibilidad de aquello que se propone, y es preciso distinguir el nivel político, el nivel ideológico y el nivel tónico.

—Bien, matizaciones a un lado, ¿vamos encaminados hacia la democracia?

Ha hecho descabalar sus gafas de montura dorada. Se ha puesto más serio de lo que en realidad es. Más —observaría usted— trascendental de lo que representa: ... si de alguna manera el Poder se ve empujado hacia el cambio político es en virtud de una exigencia colectiva, que es irreprimible, que se da no sólo a nivel político, sino a nivel social. La reforma es consecuencia de ello. Por otro lado, la muerte de Franco ha radicalizado el problema, no lo ha creado. No fue la desaparición del general la causa. Porque



las fuerzas franquistas siguen ahí, y si pudieran evitar la democracia, la evitarían. El hecho palpable es que la democracia es una exigencia sociológica.

—Usted dice que el fenómeno es incontenible, que no hay quien lo pare. ¿Pero esa fuerza —imagínesele por unos momentos— superaría la voluntad del general Franco si todavía viviera?

—Yo creo que Franco era un tapón simbólico muy importante para la venida de la democracia. ¿Por qué? P u e s porque tenía una significación no indiscutible, pero sí indiscutida. La no discutibilidad de la referencia-Franco procedía no sólo del valor carismático que podía tener (vencedor de la guerra civil, Caudillo de España, etcétera), sino de otros dos factores: del ejercicio de poder durante cuarenta años y del hecho de que estaría biológicamente hasta el final. Todas las personas que se hubieran dicho, bueno, no podemos esperar más, hay que traer la democracia, podían pensar al mismo tiempo que para qué enfrentarse con Franco si la situación se acababa...

—Dicen que nunca es tarde si la dicha es buena. ¿Pero el llegar tarde a la democracia comporta algún riesgo?

—La democracia pluralista, que es hacia la que queremos llegar los demócratas españoles, no sé si el Gobierno, es un bien muy escaso. Como usted sabe, hay muchas críticas, sobre todo por parte de la izquierda, con respecto a la caducidad de la democracia liberal burguesa. El país que más se acerca a este tipo de modelo es los Estados Unidos. En el censo de las Naciones Unidas no llega al 20 por 100 los países que pueden ser calificados de demócratas pluralistas. Y creo que hace falta una serie de condiciones mínimas para que eso suceda. En cualquier caso, la operación es delicada y no exenta de dificultades.

—Por sus palabras se deduce que lo idóneo hubiera sido la ruptura. Que ahora estuviera en el Poder un Gobierno de concentración...

—Bien, sí, era lo adecuado. Pero en esta nueva política española yo pedía mucho menos. Yo desearía que España comenzase siendo un Estado de derecho. Que comencemos a cumplir la leyes. Y que veamos para qué sirven esas leyes.

—¿Estas que tenemos?

—Sí, estas que-te-ne-mosto-da-via. ¿Qué quiere decir esto?

—Eso, profesor.

—Pues quiere decir que el gran error del planteamiento del Gobierno es fundar una legitimidad basándose en una legalidad que es incompatible con la legitimidad que se intenta fundar, cual es el caso de la reforma. Me dicen: bueno, sí; pero es que la realidad social del país... es que el peso de determinadas fuerzas... e inmediatamente sale a relucir el Ejército. Ahora viene el referéndum. ¿Qué tiene que decir la oposición? Pues la oposición tiene que decir que no va con ella. El referéndum es consecuencia de una legalidad que nada tiene que ver con nosotros. Si en virtud de esa legalidad, que nosotros decimos que no sirve, y así lo cree el Gobierno porque trata de modificarla, tenemos que cumplir los requisitos de esa legalidad para poderla justificar, y no se introduce a nivel de la fundamentación del cambio las únicas cosas que podrían darle credibilidad, ¿cómo es posible que eso tenga algún valor real? Bueno, sí, usted me podrá decir que, en fin, los demócratas, ¿quiénes les han elegido...? ¿Es que van a ganar las elecciones...?

—No, yo no digo nada, profesor.

—Bueno, pues ésa es otra cuestión. Creo que si el Gobierno saca el 60, el 70 o el 80 en el referéndum, lo que es preciso saber es de qué forma. Si no es igual, si se dan muchos puntos de similitud entre el actual referéndum y el de la Ley Orgánica, en el que votó más del 100 por 100 del censo... Por otro lado, el referéndum tiene dos funciones: una, la de ser la vía más extensa para refrendar la democracia directa, que es concebible en países de territorio muy pequeño; en fin, la Grecia clásica. Luego está el referéndum constitucional, como en Estados Unidos. Pero eso



“¿Qué gran ocasión para explicarle al pueblo, con motivo del referéndum, lo que es la democracia!”

es la confirmación «a posteriori» de algo que ha decidido el pueblo. Pero aquí el pueblo no ha decidido nada. Aquí han sido unas Cortes, que, según el Gobierno reconoce, no son representativas.

—Sin entrar ni salir en la cuestión, ya es algo lo que se reconoce.

—No, no, si yo sólo estoy analizando la coherencia del intento. No me estoy produciendo en militante, si quiere usted, sino en analista. La mayor objeción que se le puede hacer al proyecto del Gobierno es su incoherencia. Que para introducir la democracia está utilizando un camino que tácticamente no está justificado y que puede traer unas consecuencias negativas: que el Gobierno se encuentre con una democracia pirrica. O, hablando en lenguaje más ilustrado, que esto sea la coartada para la continuación en el Poder de unas personas. Y sería penoso, porque pienso que tenemos una extraordinaria oportunidad histórica. Y que, además, incluso con los mismos agentes, la operación podría tener éxito no sólo a plazo inmediato, sino a plazo medio y largo, que es lo que nos interesa.

—Deduzco, profesor, que e así ni tendremos democracia o si la tenemos será pirrica, como usted dice, lo cual descorazona grandemente.

—No se producirá la democracia hasta que no se asocie de forma responsable a aque-

llos que tienen la única titularidad democrática.

—¿Y quiénes tienen esa titularidad? Porque hasta los que no lo son se titulan demócratas.

—Pues los llamados partidos democráticos. Los de siempre. Las personas que han militado por la democracia... No de forma definitiva. No para consagrar ninguna situación con carácter permanente, sino exclusivamente para la fase de transición. Podría ser que el predominio lo tuvieran las fuerzas de centro-derecha o de centro-izquierda. Y que en esas fuerzas estuvieran algunas personas que incluso participaran de forma protagonista en la situación anterior. ¿Por qué no...? Ahora, que pretenda utilizarse la operación democrática para asegurar un predominio dentro de la democracia eso es antidemocrático. Bueno, usted me podrá decir...

—No; yo, no, profesor.

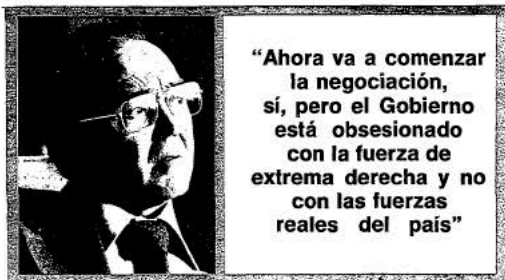
—Bien, en fin... Pero ésta puede ser la pregunta: ¿No todo el mundo intenta ganar posiciones y situarse en la línea dominante? Efectivamente. Sí, señor. Pero dentro de un juego claramente democrático.

—Señor Vidal Beneyto: ¿Y si después del referéndum le ofrecieran una cartera? ¿Se lo imagina?

Ha dado un sorbo de ácido aspártico, que tiene muchas propiedades diuréticas y que a usted le ha sabido a rayos con sólo mirarlo.

—No; un hombre solo de la oposición no puede ir al Gobierno. Sería un testigo falso. Tendría que ser el resultado de una negociación entre las fuerzas del Gobierno y de la oposición. Y dicen no; pero es que está tan dividida con los líos de Coordinación... Mire usted: es sencillísimo. Sentar alrededor de una mesa, incluyendo el pro-

“El resultado de las elecciones dependerá de la igualdad de oportunidades que se les dé a las fuerzas democráticas”



"Ahora va a comenzar la negociación, sí, pero el Gobierno está obsesionado con la fuerza de extrema derecha y no con las fuerzas reales del país"

blema enorme de las nacionalidades y de las regiones, esas fuerzas es relativamente fácil. Ahora parece que la negociación se va a llevar a cabo, pero ya empezian los peros al conocerse los representantes de cada fuerza de la oposición democrática. Por otro lado, y a mi juicio, el Gobierno está exclusivamente obsesionado con las fuerzas de la extrema derecha y no con las fuerzas reales.

—¿Se le puede culpar al Gobierno de las escisiones de Coordinación, que usted mismo reconoce, o no será que en la oposición imperan también los personalismos?

—Pienso que son escisiones de tipo táctico, derivadas precisamente de que es muy difícil asumir la credibilidad de la intención del Gobierno por aquellas personas que no han tenido posibilidad de mantener algún tipo de contacto y que además tienen planteamientos más radicales. Hemos de tener en cuenta, también, que ya es un signo de buena voluntad el que la extrema izquierda o la izquierda presente en Coordinación Democrática intente negociar con el Gobierno. Los mínimos exigidos ya sabe usted cuáles son. Pero yo no sé si el Gobierno los va a aceptar. Para mí, que ellos quieren apañitos ante la amnistía, las libertades... Esto es un auténtico caos semántico, pero no desde hace cuarenta años, sino desde hace más.

—Pero, ¿la culpa no es de ustedes, de los políticos?

—Si usted quiere, la culpa es de la clase política en general. Pero sobre todo del Gobierno. Está el caso de la Ley de Asociaciones, por ejemplo. Y cuando usted habla con alguien allegado al equipo ministerial le dicen: «Hombre, no te preocupes, porque cuando llegue el momento decisivo le metemos las tres o cuatro cláusulas que hagan operativa la

ley y que os permitan a vosotros entrar... Digo, una vez más, que ésta es una política de apañitos. Pero veo que estamos centrando la conversación en torno al Gobierno y la oposición, y nos estamos dejando lo más importante:

—El pueblo. Eso.

—Efectivamente. Y cuando me refiero al pueblo no me estoy refiriendo al trabajador de pico y pala, sino a la comunidad de los pueblos del Estado español. De lo que se trata es que la democracia es algo que hay que aprender. Y nos tenemos que entrenar todos para ese objetivo, como nos hemos estado entrenando ya, pese al franquismo, en la democracia social y con un gran éxito.

—Aunque más o menos se sepa, ¿qué factores o fuerzas exteriores impulsan la democratización de nuestro país?

—Por un lado, la actual Administración americana y, por otro, claro está, Europa, pese a que en algunos países exista una renovación de fuerzas centristas. La fórmula autocrática chilena, desde luego, no es de recibo. Europa es nuestra zona natural, histórica y económica, inevitable. España tiene que cumplir todavía una función internacional importantísima. Y en todo este contexto está la reconstrucción de un nuevo orden económico mundial, en función de la crisis de la energía y de las materias pri-

mas. La vitalidad de España en los países árabes no ha sido sólo una retórica del franquismo. Es una realidad. Los árabes, en efecto: en aquellos países tendríamos nosotros muchísimo que hacer. ¿Por qué no lo hemos hecho? Y no es porque ellos no hayan querido, sino porque nuestra situación en el mundo no es de recibo más que siendo democrática. Y los árabes, hasta que no nos reconozca el mundo occidental democrático, no nos pueden dar la consideración que nos querían dar.

—A todo esto, señor Vidal Beneyto, y como sociólogo, ¿el pueblo español sabe lo que es la democracia?

—Sí, sí, sí... Es algo bien sencillo. Lo sabe la mayoría del país. Y para los que no lo sepan, ¡qué gran ocasión ahora con el referéndum para explicarle al país lo que de verdad es la democracia! Comenzando por decirle que el referéndum es un instrumento muy poco adecuado para el entrenamiento democrático. Este sería el mayor ejercicio de lealtad por parte del Gobierno.

—Y también como sociólogo, profesor, ¿el franquismo ha muerto?

—Claro; yo debo contestarle a usted sociológicamente. Es un tema que me preocupa y que me ocupa. Ahora estoy dando un seminario en París. Para mí, el franquismo es un episodio largo e importante de cuarenta años dentro del comportamiento de la clase dominante española desde hace dos siglos. En ese sentido, el franquismo muere con Franco, como el «gaullismo» murió con De Gaulle. Habrá coletazos. Franco no deja una U.D.R., pero deja un conjunto de grupos instrumentales de los que se sirvió la clase dominante en vida del General. Yo creo que éstos se van a inscribir en otro tipo de proyecto en un plazo relativamente breve.

—Bien, y en las elecciones, ¿qué puede pasar? ¿Por qué grupo o ideología, mayoritariamente hablando, se inclina el pueblo español?

—Una vez más, tengo que ejercitar la opción de si le debo contestar como militante o como sociólogo. Dejémoslo en experto. Todo dependerá de cómo se presenten las fuerzas políticas y de los medios que tengan para ofrecer la alternativa que ellos representen. Es decir, si, por ejemplo, el socialismo del Estado español aparece unido en todos los ámbitos y si hay tiempo suficiente para explicar lo que el socialismo significa y si se tiene acceso a los medios de comunicación colectiva estatales (televisión, Prensa, radio) de la misma forma que otras formaciones políticas, es previsible que el socialismo tenga un porcentaje muy importante en la vida española. En definitiva, el resultado de las elecciones dependerá de la igualdad de oportunidades.

—Otro tema, profesor: los regionalismos, las autonomías.

—Ese es, desde luego, el otro gran problema que tiene planteado la convivencia democrática española: la organización comunitaria del Estado español. Este no es un capricho que, de pronto, quiere la oposición. ¿Cómo se debe asumir? Pues, mire usted, con valentía y con claridad. Porque, además, hay que llegar hasta el final, y el final es la autodeterminación. Y, antes de que eso llegue, las nacionalidades están hoy en la postulación de la provisionalidad de las instancias que controlen el proceso de la democracia. Son problemas en los que hay que jugar con la más absoluta honestidad. Porque, de lo contrario, las consecuencias pueden ser funestas. Mire: la gran diferencia entre el País Vasco y Cataluña reside en que la gran burguesía catalana está solidificada con el pueblo, mientras que la burguesía vasca se ha desvinculado de los planteamientos a nivel popular (y no me refiero a los problemas del trabajador manual, sino a los de la colectividad) y es la causante del comportamiento dramático de lucha armada, de la guerrilla, etcétera.

Por último, Vidal Beneyto se ha bebido de un trago esa pócima de ácido aspártico que le obliga su otro régimen.

López Castillo
(Fotos: Jaime Pato)



"La Administración norteamericana y las corrientes occidentales europeas impiden que en España se pudiera producir una fórmula autocrática como la chilena, por ejemplo. Eso no es de recibo"